

# ¿Dios, por qué permitiste esto?

**RAMÓN I. MARTÍNEZ**

“ La puta, la gran puta, la grandísima puta, la santurrona, la simoníaca, la inquisidora, la torturadora, la falsificadora, la asesina, la fea, la loca, la mala; la del Santo Oficio y el Índice de los Libros Prohibidos; la de las Cruzadas y la noche de San Bartolomé (...)” éste es el inicio del largo incipit de una página de la última obra del genial Fernando Vallejo: La puta de Babilonia. Pocos se atreven a tocar de tal forma (¡y con ese lenguaje desprovisto de tapujos!) a una de las instituciones más poderosas del planeta: con un sarcasmo y una ironía infinitos y despiadados dirigido contra quienes no merece piedad: decir “papa corrupto” es un pleonismo. Documentado queda a lo largo de estas páginas.

¿Y quién es esa “puta”? En tiempos del horrendo genocida Inocencio III, los “herejes” cátaros (también conocidos como albigenses) dedicaron el epíteto en cuestión a la codiciosa romana, entresacado de las páginas del libro del Apocalipsis: “Ven y te mostraré el castigo de la gran ramera con quien han fornicado los reyes de este mundo. La mujer estaba vestida de púrpura y escarlata; resplandecía de oro, de piedras preciosas y perlas; y tenía en la mano una copa de oro llena de las inmundicias de su fornicación, y escrito en la frente su nombre en forma cifrada: Babilonia la grande, la madre de las meretrices y abominaciones de la tierra” (Apocalipsis 17:1-5) ¿Todo este lujo y depravación tiene que ver con alguna religión?

La Puta de Babilonia está formada, a decir del autor, no sólo por la Puta Católica Apostólica y Romana, sino también

por otros grupos “cristianos” y por otras grandes religiones monoteístas que comparten vicios prácticamente idénticos: el judaísmo y el islamismo. “La Iglesia católica, la ortodoxa y la protestante son la maldición más grande de la humanidad, casi tanto como el Islam” (p. 62). Curiosamente, Vallejo elude el uso de la palabra “Iglesia” y prefiere el sinónimo “Putas” (así, con mayúscula inicial), lo cual es notable al enumerar los nombres de los jefes asistentes al sepelio de “la alimaña Wojtyla”, el más perverso promotor de la paridera: durante su reinado este pobre planeta aumentó en más de dos mil millones de seres humanos. Somos ya una plaga.

“Aunque la Inquisición, el invento más monstruoso del hombre, se la atribuya a Ugolino da Segni, alias Gregorio IX, en última instancia también se le debe, como tantos otros horrores, a su tío Inocencio III (...) Gregorio IX, el sobrino del asesino y a su vez asesino, instituyó el engendro como un tribunal independiente de los obispos y las cortes diocesanas y lo puso en manos de los dominicos que sólo respondían ante él” (pp. 25-26). El terror para controlar, sumisión del pueblo, totalitarismo que no había tenido parangón: en sus cruzadas contra los albigenses (cristianos “herejes”) el papa que asume burlescamente el nombre de Inocencio III asesinó más cristianos de los que exterminó el Imperio Romano; ni qué decir del espeluznante total de torturados y asesinados por la Santa Inquisición (más de treinta mil, si sólo contáramos los de la inquisición española a partir del celeberrimo Torquemada). Pero a pesar de todo esto, el vanidosísimo Wojtyla se atrevió a decir “que los muertos sólo fueron unos cuantos cientos y son resultado de la mentalidad de una época”. Claro, también son productos de una época los demás genocidios, por ello son benditos siempre y cuando Dios los apruebe. Vaya cinismo, todo con tal de darse baños de pureza y seguir nadando en la abundancia fruto de sus acostones con los reyes y poderosos. Ah Puta descarada.

Hasta dónde puede llegar el descaro; el panzer cardenal Ratzinger apenas travestida en Benedicto XVI visita campos

de concentración de nazis y arrodillado clama al cielo entor-  
nando sus teológicos ojos “¿Señor, por qué permitiste esto?”  
Vaya: ¿cuándo Pío XII abrió la bocota para protestar contra el  
genocidio nazi en esos campos?, se conformó con ser cómpli-  
ce silencioso (¡claro que se enteró!), mientras millones iban  
como corderos al matadero. “Bajo Pío XI y su sucesor Pío XII la  
alta jerarquía de la Puta se plegó con una sola voz, la del autó-  
crata pontificio, a Mussolini y a Hitler”; no olvidar la franca  
colaboración de los acomodaticios curas que se declaraban  
devotos del fñhrer (y lo reverenciaban como a un santo), para  
luego declararse en su contra en cuanto la guerra la tuvo per-  
dida. El colmo nos lo cuenta con pelos y señales Vallejo: obis-  
pos y curas que organizaron campos de exterminio en la anti-  
gua Yugoslavia, al amparo de la suástica y con la bendición de  
Pío XII. ¡Qué tal con los bondadosos pastores! Bueno sería que  
Ratzinger se hincara en los mencionados campos y también allí  
elevara su plegaria llorona e hipócrita: “¿Señor, por qué permi-  
tiste esto?”.

Esta pregunta también podría hacerse ante el bodrio que  
se ha hecho de las “Sagradas Escrituras”: falsificaciones, inter-  
polaciones, errores de traducción, anacronismos, “Cristoloco  
el rabioso” (cuya existencia no ha podido ser comprobada ni se  
podrá); libro aberrante y fantasioso (con sus amañadas profe-  
cias), cuya versión definitiva ni siquiera está fijada, y ni siquie-  
ra generaciones de hábiles políglotas estudiosos han dilucida-  
do dónde está la palabra humana (y sus mentiras) y dónde la  
de Dios. Vallejo no deja pasar por alto la contradicción en los  
términos: Dios no puede tener palabra pues ésta es eminentemente  
humana y, como tal, perecedera y corruptible. ¿Cómo un  
ser perfecto iba a padecer semejante limitación, por qué no  
escoge un medio eficaz para no seguir confundiendo a sus cre-  
yentes? Este malhadado libraco también sufrirá el sarcasmo  
del autor, al notar que en realidad no hay un sólo Cristo sino  
varios y ninguno histórico, pues hasta la mención de Flavio  
Josefo resulta (demostrado está) una perjura adición clerical.

En medio del desfile pérfido y detallado de papas putañe-  
ros, destaca el papa favorito de Vallejo: Alejandro V, el celebé-

rrimo papa Borgia, de quien se han hecho escarnios múltiples,  
de su corrupción emblemática, su simonía, sus múltiples “pe-  
cados”. ¿Por qué la simpatía por este bendito papa, que  
es denostado hasta por los historiadores más rezanderos?  
no es un tartufo, no niega a sus hijos llamándolos “sobrinos”,  
va a lo que va sin el menor tapujo y es, después de todo, un  
magnífico estadista; para ello baste mencionar dos hechos que  
se nos narran: el tratado de y el ajusticiamiento del desquicia-  
do Savonarola, a quien la falta de sexo le secó los sesos y lo  
hizo cometer atrocidades tales como destruir cuadros de  
Botticelli, azuzado por su desbocada homofobia. “Mintiendo  
con la verdad, los historiadores lacayos al servicio de la Puta  
dicen que el papa Borgia fue un papa malo, ¡como si los res-  
tantes hubieran sido buenos!” (p. 53)

Vallejo desearía (son sus palabras) cuando menos unas  
tres excomuniones por sus escritos, pero él (que como mu-  
chas personas guardamos un justificable rencor a Babilonia la  
grande) se resigna a una simple negación eclesial al “Im-  
primatur” y al “Nihil obstat”. Estamos ante un libro corrosivo,  
que a muchos católicos recalcitrantes (en el caso improbable  
de que leyeron otra cosa que novenitas y catecismos) les haría  
lanzar amenazas de muerte estilo “anti-abortos”. En lo par-  
ticular, aunque no estoy tan seguro de que Dios no exista, la  
lectura de La puta... me hizo desternillarme de cáustica risa,  
semejante al agua real que destruye cualquier metal que no sea  
el oro. Sobra decir, que muy poco (poquísimo) queda en pie de  
las iglesias (“De la ingle les cuelga un pene y del cinturón un  
rosario; el pene no los deja vivir, el rosario los entretiene.”  
p. 27) luego de haberme enfrentado a este regocijante ejercicio  
de la inteligencia. Después de las carcajadas ante los docu-  
mentados e ingeniosos denuestos de Vallejo, sin embargo  
(mérito adicional del libro), se me quedó el estómago revuelto  
ante tanta iniquidad impune de la malhadada gran Puta babi-  
lónica. Así debe ser, según Kafka, la literatura que trasciende:  
un pleno mazazo. ■

\*Fernando Vallejo, La puta de Babilonia, Planeta, México, 2007, 317 p.